



**Álvaro Taboada**

**D.J.57**

AQUI

ÁLVARO TABOADA

# Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Agradecimientos](#)

[¿Cómo empezó todo esto?](#)

[Sobre el autor](#)

No tengas miedo...

# Capítulo 1

Era una tarde gris. Hacía frío, viento y, para colmo, anochecía, pero ninguno de estos elementos detendría a Pedro. Estaba decidido a seguir adelante. No había vuelta atrás. Iba en la dirección correcta.

El bosque por el que caminaba se empezaba a tintar de un aspecto otoñal. Los árboles, que se extendían a los lados del camino, tenían las hojas de color amarillo, ese tan característico de la estación. Sin embargo, la escasez de luz no permitía observar con detalle todas las tonalidades que le estaba regalando el momento, aunque para Pedro no era importante. Tenía una misión que cumplir.

Solo había una idea en su cabeza: llegar al final del camino. Ahí, a lo lejos de esa ruta llena de barro y que cada vez se inclinaba más, se encontraba lo que buscaba. Pese a que tenía solo 17 años, no tenía miedo en irse por el monte él solo.

En su mochila llevaba suficientes provisiones para tres días, el tiempo que tenía para cumplir su objetivo. Aprovechando que en el instituto se había organizado un puente de viernes, sábado y domingo, Pedro se puso en marcha para explorar las profundidades del bosque para hallar el oscuro y terrible secreto que ocultaba.

La Guardia Civil no quería que nadie merodeara por aquella zona, ya que se estaba intentando tapar lo que ocurrió ahí hace ya un año. Pedro no pudo evitar sentirse triste al pensar todo el tiempo que había pasado desde esa noche.

Un día que marcó un antes y un después en su vida, dado que su hermano abandonó este mundo de manera misteriosa y le llevó a arrastrar un dolor en su corazón desde entonces.

Jorge, su único hermano que le había acompañado desde que nació a todas partes, se convirtió en un pilar indispensable para él, pero, como si de un

capricho de la vida se tratase, una noche de finales de verano de hace un año murió. Ahora, en ese viaje, Pedro tenía que ir solo en busca de respuestas, las cuales su padre, sargento de la Guardia Civil del pueblo de Cercedilla, no quería darle.

La brisa fría recorrió el camino del bosque e hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Puede que no tuviera miedo, pero sí se estaba tomando la exploración muy a pecho. Respiró hondo y se tranquilizó. Tenía una larga travesía por delante y unos días muy duros. Se había estado preparando todo el último año para este momento. Iba a descubrir la verdad de lo ocurrido.

Algo sonó entre los árboles. Se detuvo a observar. Por si acaso, sacó su porra para defenderse del posible ataque de lobos. Era una zona del bosque que se había visto alguno, aunque, afortunadamente, solo de paso, ya que su hogar estaba mucho más arriba de donde se dirigía el joven explorador.

En cierta ocasión, llegó a ver uno cuando era pequeño con su hermano y su padre un día que se fueron a andar por el monte, pero estaba desorientado y solo buscaba comida. Fue entonces cuando descubrió una faceta del sargento que hizo que lo empezara a admirar. En vez de matarlo, llamó a sus compañeros para que fueran a buscarlo y lo devolvieran a su hogar, como así fue.

Pedro sacó su linterna para buscar entre la arboleda qué era lo que estaba generando ruido. Parecía que un animal se acercaba. El viento agitaba cada vez más la vegetación. Lo que no permitía al joven explorador identificar por dónde venía el sonido. Finalmente, salió de su escondite.

Fue un pequeño conejo de color pardo. Se detuvo ante Pedro y se le quedó mirando sorprendido. El chico no quiso asustarlo, por lo que decidió ignorarlo para que se marchara. Era defensor de los animales y no le gustaba la caza.

Prosiguió su camino dejando atrás al animal que también siguió el suyo en busca de refugio. El viento soplaba con fuerza y algunas gotas caían. Una complicación que podría poner en un aprieto al joven explorador. Sin embargo, una vez más, demostró que estaba preparado para cualquier situación y sacó su chubasquero con el que recubrió todo su cuerpo y mochila. Aunque esto último era impermeable, prefería ser precavido, ya que iba rumbo a lo desconocido.

Durante el año, estuvo estudiando toda la geografía de la zona para saber por dónde fue su hermano. Desgraciadamente, la única pista que encontró fue la ruta

por la que iba. Aunque solamente necesitaba hallar una cosa. Lo que le había estado torturando en sus pesadillas... *Los ojos blancos*.

La noche en que murió, él estaba explorando lo que parecía una casa abandonada. Siempre le había gustado inspeccionar cuevas y ese edificio ruinoso no iba a ser menos. Sin embargo, Jorge no esperaba toparse una criatura sedienta de sangre.

Cuando llegó la Guardia Civil al lugar del crimen, solo recuperó los restos de lo que fueron su hermano y su videocámara, de la cual pudieron reconstruir el vídeo que grabó. Sin embargo, Pedro tardó varios meses en poder ver esas imágenes, pues su padre nunca quiso que supiera qué había en ellas, ya que ni él mismo, siendo sargento y estando acostumbrado a todo, fue capaz de aguantar todo el dolor que le generaban.

El muchacho jamás se dio por vencido y estuvo intentando una y otra vez conseguirlas hasta que un día, aprovechando ser hijo de quien era, se coló en el despacho de su padre y consiguió copiarlas. Después, en su casa, visionó lo que había en ellas...

En el vídeo que grabó se veía cómo recorría un pasillo sucio y abandonado, el cual, a lo lejos, en la absoluta oscuridad, unos ojos blancos se escondían. En otro fragmento, su hermano estaba subiendo unas escaleras y escuchaba algo que lo asustó. Al mirar el origen del ruido, solo encontró una puerta en la que no había nada. Por último, en la parte final de la película, entró en una especie de baño donde solo pudo ver en una pared, escrito con sangre, la palabra "Aquí". Unos segundos después, algo lo atacó y lo devoró sin piedad. Pero aún había más. En unos pocos fotogramas muy dañados se veía una especie de cabeza roja de ojos blancos que chillaba de manera horripilante.

Después del visionado, Pedro estuvo semanas sin dormir. Su rendimiento en clase bajó muchísimo. Llegó a perder hasta peso. Su padre se desquició mucho, pues trató de seguir adelante por los dos, pero la situación fue para el joven explorador un golpe muy fuerte para el cual no estaba preparado.

Sin embargo, aquellas imágenes dejaron en su alma la semilla de algo que germinaría con el paso del tiempo: la venganza. El muchacho se negó a aceptar lo que ocurrió y comenzó a investigar por su cuenta qué fue lo que pasó esa noche con su hermano.

No pudo contar con la ayuda de su padre, pues había decretado que jamás se volvería a hablar del tema, pero Pedro no iba a detenerse. En sus genes estaba la misma terquedad de su progenitor por descubrir la verdad. Fue entonces cuando comenzó a estudiar la historia de los alrededores de Cercedilla y encontró al norte del pueblo, en el valle de la Fuenfría, una leyenda bastante peculiar.

El lugar era famoso por su calzada romana que iba hasta Segovia. Sin embargo, era un tema tabú lo que ocurrió en las profundidades del bosque, ya que fue el escenario de los aquelarres y ritos demoniacos que hubo entre 1910 y 1915. Se corrió la voz por todo el valle, pues fue muy habitual que aparecieran restos humanos descuartizados.

No fue hasta 1950 cuando se comenzó a explorar de nuevo la zona para demostrar que todas esas supersticiones eran falsas. La única explicación que se encontró fue que había una manada de lobos por entonces y, efectivamente, los aldeanos que iban a celebrar sus ritos en mitad del bosque acababan devorados por los animales que estaban atraídos por el olor de las hogueras que hacían.

Con el paso de los años, esa leyenda fue cayendo en el olvido, pero siempre existió entre los habitantes del pueblo un extraño miedo a subir mucho el monte. Por eso, no pasaban de cierta altura, para evitar ser devorados por los lobos. Sin embargo, una noche de 2013, Jorge sí que cruzó ese límite.

Ahora, un año después, Pedro se había atrevido a desafiar a las leyendas y traspasó los confines del bosque para adentrarse en lo más oscuro de su corazón. Iba a encontrar las respuestas que quería y por fin tener paz.

Por unos segundos, que fueron eternos, no escuchó absolutamente nada. Quiso llorar, pero no lo hizo. Había llegado al final del camino y sintió que estaba delante de la puerta del infierno. Jamás pensó que tuviera tal aspecto. El joven explorador contuvo la respiración. Tenía que ser fuerte, pues se encontraba delante de la tumba de su hermano: la casa.



## Capítulo 2

Era un chalé enorme de dos plantas y tenía un aspecto lamentable. Su fachada parecía sacada de una película de terror de los años 50, pues los barrotes del balcón estaban bastante estropeados y algunos se habían convertido en estacas. Los que quedaban en pie eran anchos y, en conjunto, estaban envueltos en enredaderas. La terraza tenía, también, dos puertas. La de la izquierda era grande y pensó que serían de una habitación. Por el contrario, la de la derecha era más estrecha y Pedro imaginó que, quizás, conectaba con un pasillo.

Al acercarse al porche, el joven explorador pudo observar que tenía mejor aspecto, ya que al estar cubierto por el balcón no se había degradado tanto. Lo que aún luchaba por mantenerse en pie era la valla que lo rodeaba y, en este caso, no eran los barrotes tan anchos como los de arriba, sino que tenían en una estructura enrejada en forma de rombo irregular. Sin embargo, el tiempo también la había castigado, dado que faltaban algunos fragmentos.

En cuanto a la pared, tenía una ventana bastante grande que estaba condenada por varios tablones. Aunque peor era el caso de la puerta principal. Tapada de arriba abajo por maderas. Quién las hubiera puesto, quería cerciorarse de que nadie pudiera entrar.

Pedro intentó quitar alguna, pero no fue lo bastante fuerte para conseguirlo. Frunció el ceño tratando de averiguar la forma de arrancarlas, pero pensó en que debía estudiar primero todos los alrededores por si había otro acceso. Salió del porche y se dirigió hacia la derecha para comenzar la exploración.

La primera pared que se encontró a la vuelta estaba recubierta por enredaderas, pero se podía apreciar que debajo de ellas había maderas blancas o, por lo menos, ese fue el color que tuvieron mucho tiempo atrás. A Pedro le llamó la atención toda la vegetación que lo recubría. Era como si la propia tierra estuviera tratando de ocultarla. Sin embargo, el joven explorador descubrió una puerta de hierro bastante oxidada.

Al quitar su camuflaje pudo apreciar que habían soldado dos piezas de metal para poner una cadena con un candado. Además, su cerradura fue sellada. Esta evidencia le hizo pensar que ese alguien se alió con la naturaleza para evitar intrusos.

Continuó bordeando y encontró una ventana que tenía los cristales rotos, pero, por dentro, estaba tapada con ladrillos y yeso. Había agujeros en el tabique construido a posteriori. Pensó en subirse a algo para mirar a través de ello, pero no fue posible. No existía nada que pudiera ayudarlo, ni tampoco forma de trepar. Prosiguió con la exploración.

En la siguiente esquina vio que había una cañería muy oxidada y tuvo la magnífica idea de intentar trepar por ella, pero, nada más agarrar un tramo, este se deshizo en su mano cual figura de barro que se sumerge en el mar.

Sus esperanzas se vieron de nuevo truncadas, así que decidió apostar por lo que estaba observando ahora. Se trataba de una entrada trasera que tenía una escalinata en forma de “ele” con cinco peldaños. Sin embargo, el acceso, fue condenado por maderas también. Tratando de buscar una alternativa, vio que había una ventana a continuación de la puerta y que tenía un agujero en su esquina inferior izquierda.

No podía entrar por él, pero si apreciar su interior. Pedro se acercó con cuidado. Tenía fragmentos de cristal el marco de la ventana. Cierta hedor a madera podrida y suciedad salía del hueco. No pudo observar mucho, pues en el exterior era casi de noche y todo lo que vio con su linterna fue una mesa de cocina, una encimera por la que le pareció ver corretear una cucaracha y, a continuación de esta, una especie de marco de ventana clausurado por una tabla con un picaporte roto. Se acercó un poco más al agujero y el olor le revolvió aún más el estómago.

Alguna arcada soltó y trató de respirar lo menos posible tapando con su mano la boca y nariz. El corazón se le empezó acelerar y notaba la presión arterial en las sienes. No se escuchaba nada en su interior. Por más que movía la linterna, solo hallaba más oscuridad que engullía los rayos de luz de la lámpara.

Se aproximó ya del todo, casi rozando con la nariz los cristales cuando, de repente, salió una rata del agujero y le atacó. El roedor intentaba morderle los párpados y el silencio del bosque se vio roto por los gritos de ambos. Por un

lado, Pedro, que luchaba ferozmente por liberarse y por otro, la rata que intentaba encontrar alimento. Finalmente, gracias a la mano con la que se había tapado la nariz y la boca, consiguió mandarla al césped de la casa.

El paradero del animal fue desconocido, pero pudo intuir que salió huyendo hacia los árboles. Mientras tanto, Pedro no fue consciente de que se cayó de culo. Estaba algo confuso y trataba de centrar sus ideas. Lo primero que hizo fue palpar su rostro. Solo tenía un arañazo en la oreja izquierda y le escocía.

Con su orgullo herido por dejarse asustar por una rata la cual lamentó haber golpeado, pero le consoló que fuera en defensa propia, siguió su camino de reconocimiento.

Al torcer por la siguiente esquina, solo halló una pared que tenía la estructura de una chimenea en perfecto estado, salvo la parte superior. Al observar esto, pudo ver que en el piso de arriba que había dos ventanas, una a cada lado de la chimenea. Tenían un tamaño normal, lo suficiente para que una persona se asomara para contemplar el paisaje.

Pedro no se fijó porque estaba muy obcecado en la casa, pero se encontraba rodeada por un jardín que terminaba en un muro de árboles. Pese a la degradación del chalé, el sitio podía ser un lugar ideal para vivir.

Tras contemplar la belleza abandonada del prado continuó bordeando la casa hasta regresar a su punto de partida. Se sentía frustrado, ya que no había ningún acceso posible sin que tuviera que romper algo. Se preguntó por dónde entró su hermano aquella noche.

Se dirigió de nuevo a la entrada y se percató de un detalle que no observó en ninguna de las ventanas. Las maderas que estaban clavadas con el fin de impedir el paso tenían mejor estado que la propia pared del chalé. Pedro comprendió que, si aplicaba la fuerza suficiente, el marco y los muros cederían antes que las propias tablas. Liberándose así el acceso.

Armándose de valor, empezó a hacer fuerza con las maderas de la entrada sin lograr ningún resultado. Fue entonces cuando se le ocurrió usar su porra como palanca para quitarlas. A base de varios intentos y de paciencia, consiguió arrancarlas dejándola limpia de cualquier obstáculo.

Estaba exhausto. Necesitó tomar varias veces aire para recuperarse. Además,

se quitó el chubasquero y lo guardó en la bolsa correspondiente, pues lo agobiaba. Mientras descansaba, estudió la puerta que había encontrado.

Tenía un aspecto señorial, de buen hogar, aunque degradado por el paso del tiempo. En la parte central, a la altura de sus ojos, había una mirilla que se conservaba en buen estado. Debajo de ella tenía una aldaba de color plata oxidado. Su forma, era la cabeza de un león, el cual sostenía la anilla para llamar en su boca. Aproximadamente, medía lo mismo que un puño. Aunque todo el conjunto era bastante tétrico, no iba a detenerse. Era la hora de entrar.

Llegó la noche. No se veía nada, salvo lo que iluminaba su linterna. El silencio gobernaba el lugar. Solo escuchaba los latidos de su corazón que luchaba por mantenerse en su pecho. Tomó aire y apoyó su mano derecha en el picaporte. Giró y abrió.

Cuando la puerta terminó de hacer su apertura, Pedro sintió que una fuerza maligna salía las profundidades del edificio y lo empujaba a retroceder como si se tratase de una ráfaga de viento huracanado.

Algo le alertó de que acababa de abrir la caja de pandora, pues los pelos de la nuca se le erizaron y, por primera vez en mucho tiempo, sintió miedo. Un pavor completamente irracional, ya que solo había oscuridad frente a él. Sin embargo, cuando iluminó el interior de la vivienda sintió como su corazón se aceleraba hasta el extremo.

Ya no había ninguna duda. Después de tanto, por fin, llegó al sitio adecuado. Se encontraba delante del pasillo del vídeo de su hermano.

## Capítulo 3

Miedo, asco, náuseas, dolor, esperanza y tristeza. Todos esos sentimientos libraban la mayor de las batallas en el interior de Pedro. Tener la certeza absoluta de que estaba en el sitio correcto le alegraba, pero a la vez le asustaba, ya que, en el interior de la casa, habitaba la cosa que asesinó a su hermano.

Su respiración trataba de normalizarse, pero era una tarea difícil, ya que la sensación de soledad frente a lo desconocido le agobiaba a cada segundo que pasa. De ahí, recordó el dolor que había sufrido en el último año por la ausencia de su hermano. Siempre pelearon juntos en los momentos malos y ahora estaba ahí, solo, frente a los posibles peligros que le deparara esa tenebrosa casa.

Como le enseñó su padre, cogió la linterna y alumbró todo el pasillo para observar si existía peligro. En este caso, buscaba los ojos blancos que salían en el vídeo. Los mismos que le estuvieron torturando durante mucho tiempo.

La luz no dejaba de temblar. Sus piernas no respondían bien por el pánico que inundó su cuerpo. Entre destello y destello que daba, pudo observar que había una primera puerta cerrada a la izquierda. En otro resplandor vio otra al final del pasillo. Sin embargo, no apreció bien los detalles. La oscuridad la engulló rápidamente.

Cuando consiguió tranquilizarse, centró la luz en alumbrar todo el corredor, pero no había ni rastro de su objetivo, sirviéndole como respiro. Todavía no estaba preparado para encontrar la verdad.

Nunca tuvo miedo a la oscuridad, pero el lugar era espantoso. Por un momento, pensó en abandonar y volver al día siguiente. Tenía la coartada perfecta, ya que dijo que se iba a pasar el fin de semana fuera con su amigo Roberto y podía alegar que se había peleado con él. Sin embargo, su hermano Jorge lo era todo para él.

Su padre le prohibió ir al bosque solo, pues cuando pasó todo, el sargento llamó imprudente y cuanto se le ocurrió a su hijo fallecido. Era una persona de temperamento muy fuerte. Por ello, Pedro trató durante mucho tiempo de averiguar cómo murió, pero ni él ni el cuartel entero quiso contarle nada.

El joven explorador estaba seguro de que Jorge no pudo morir por un lobo, ellos habían ido mucho al monte y jamás se cruzaron con uno. Así que, ahora, era el momento de descubrir la verdad.

El pasillo crujía como si pisara hojas secas, pero con el agravante de que en cualquier momento se le iba a hundir un pie. Pedro podía escuchar cómo el viento sonaba entre los agujeros de las paredes, como en el vídeo, generando un aullido que estremecía a cualquier mortal que anduviera por ahí. Sentía que vivía una película de terror en primera persona. Sin embargo, no era una historia de fantasía. Si no, el escenario de un crimen.

Se encontraba en alerta mientras avanzaba buscando a los ojos blancos en cada centímetro cuadrado del corredor que quedaba iluminado por su linterna. La tensión iba en aumento, pues recordó la toma del vídeo en el que aparecían y se escondían rápidamente en la oscuridad. Pese a lo dañadas que estaban las imágenes, intentó durante mucho tiempo estudiarlas para comprender mejor su comportamiento.

Las paredes tenían un aspecto desastroso y lamentable. Cualquier perito que fuera a esa casa daría la voz de alarma para derruirla. Pedro podía apreciar el castigo que estaba haciendo el bosque en los muros.

Su corazón iba latiendo cada vez más deprisa, ya que iba a alcanzar su primera parada: la puerta de la izquierda. No había cerradura y ardía en él un sentimiento de esperanza de buscar algo de información. O también al monstruo.

Sus dedos entraron en contacto con el pomo. Estaba húmedo y frío. Por un momento, el joven explorador sintió asco al tocarlo, pero también una extraña sensación de melancolía, un sentimiento que no fue capaz de comprender de dónde venía, pues parecía que la propia casa le hablaba.

Cuando abrió la puerta, ante él se descubría los restos de lo que antaño fue un salón majestuoso. Entró. Cerró a modo de seguridad, una reacción un tanto infantil, pero le serviría como alarma si los ojos blancos intentaban atacarle.

Lo primero que observó fue una mesa rectangular cuya estructura era de madera y el resto del tablero, de cristal. Aún estaban algunos trozos luchando contra la fuerza de la gravedad por mantenerse en su sitio.

A la derecha de la mesa, en la pared que aún permanecía en pie, había una ventana sellada por una persiana compuesta por dos tablas con un aspecto bastante degradado. Sin embargo, aún parecían sólidas ante el paso del tiempo. La celosía tenía en su parte más baja un picaporte en buen estado. Pedro intentó abrir la ventana, pero solo consiguió subirla unos pocos centímetros, suficiente para observar qué había después.

Con la linterna pudo ver que la ventana era la misma que vio antes desde la puerta exterior de la cocina. Por un segundo, recordó la rata que había intentado comerle la cara antes y se apartó rápidamente.

A su izquierda se alzaba ante él un enorme mueble de aspecto señorial anticuado y, como el resto de la casa, trataba de sostenerse a sí mismo. En la parte superior, en algún momento de su historia, debió tener cuatro puertas, ya que solo quedaba en pie una que correspondía al segundo par de la derecha.

En la parte media del mueble estaba el hueco de la televisión comprendido entre dos estructuras que aguardaban libros tiempo atrás. Ahora lo único que sostenían era polvo. Donde se suponía que estuvo la pantalla solo había aire. La pared estaba algo manchada de negro. Pedro pensó que sería del roce del culo de este.

Por último, la parte inferior se dividía en tres módulos de cuatro cajones, aparentemente intactos, y comprendían el ancho de todo el mueble. El joven explorador trató de abrirlos, pero la mayoría estaban muy atascados debido a la acumulación de suciedad.

A continuación de ese mueble había un enjambre de ladrillos rojos entremezclados con telarañas que trataban de simular una chimenea. Era como si hubiera explotado una bomba que casi derrumbó toda la estructura.

Después del hogar de las llamas en invierno estaba una esquina la cual quedaba custodiada por un minibar que parecía en buen estado. No obstante, cuando Pedro llegó hasta él, no pudo imaginarse lo que iba a encontrarse.

Al asomarse por el lateral, sintió que todo su cuerpo se estremecía como si

estuviera muriéndose, pues en el rincón yacían los restos de un conejo de color pardo en un estado avanzado de descomposición. Pedro observó con sus propios ojos el rostro de terror del animal.

Asustado, dio un salto para atrás, pero la mala suerte hizo que se tropezara con el sofá y se cayera contra la mesita que había a continuación. Como si de un Lego se tratara, el mueble se desarmó enseguida, pero al menos él no se hizo ninguna herida.

El joven explorador se arrastró hasta la pared del fondo olvidándose de su linterna, que se le escurrió de la mano. Sentía que el corazón le iba a mil y unas náuseas horribles, pues para un amante de los animales ver semejante atrocidad hizo que todo su espíritu se partiera en dos.

Poco a poco recuperó su integridad hasta que se centró de nuevo en recoger la linterna. Tenía la absoluta certeza de que el monstruo no estaba en la habitación porque ya había ningún rincón más que explorar. Volvió a ponerse en pie con cierta dificultad. La tensión del momento hacía que le fallaran las piernas. Al acercarse a recoger la linterna pudo observar algo entre los restos de la mesilla.

Con cuidado de no llevarse más sorpresas desagradables, recogió el pequeño objeto que ocultaba. Tenía un aspecto bastante sano en comparación con el mueble que acababa de destrozar sin querer.

Recogió su linterna para poder observarlo mejor. Pedro parecía un policía estudiando la prueba de un crimen, que, a decir verdad, estaba en el escenario en el cual se había cometido uno. Al menos para él.

El objeto se trataba de un pequeño cuaderno con tapa dura de color verde oscuro. Tenía unos remates en los bordes que al comienzo de su historia fueron dorados y ahora estaban tintados de un color óxido. Sin embargo, el libro aún podía ser abierto sin deshacerse en la mano. Lo hizo. En su interior, en la primera hoja, vio que había unos pelos de color pelirrojo pillados por el pliegue del tomo y, además, un nombre escrito: *Carmen*.

Mi nombre es Carmen y tengo 35 años. Bien, supongo que ese era el primer paso. No sé cómo

seguir ya... Mi psicóloga me ha recomendado que escriba este diario como si fuera una niña. Tiene gracia. ~~Me siento muy estúpida~~ Jamás pensé que acabaría haciendo una cosa así.

¿Por dónde empezar? No lo sé. Ella me dijo que esto al principio era difícil, pero que me ayudaría a expresar todo lo que tengo dentro. Desde el... accidente... no he podido dormir bien. Tengo que tomar ansiolíticos para poder hacerlo.

Es horrible esta sensación que me come por dentro, pero debo pensar en mi hija, Isabel. Ella es todo lo que tengo en la vida ahora mismo y no sé cómo actuar para que no se sienta mal. El accidente fue duro para ella. Bueno, para todos.

Menos para Juan...

Él siempre ha sido muy echado para adelante. Sé que él está mal. Lo noto. No me dirige la palabra para no preocuparme, ~~pero sé que me culpa de lo que pasó.~~ Estoy segura de que no lo dice en serio. Él me quiere, es solo que a veces me parece un extraño.

Trato de ser fuerte y tengo que serlo más ahora que nunca por Isabel. Cada día le descubro una herida nueva y en el colegio no me dicen nada. Alegan que viene con ello de casa y yo sé que no es verdad ¿Qué

## se creen, que la maltrato?

Cuando Pedro leyó aquellas páginas se quedó helado. Esa casa ocultaba muchos más secretos a parte de la muerte de su hermano y él sentía que, si quería descubrir cómo y qué lo mató, debía averiguar toda su historia.

Guardó el libro en un bolsillo de acceso rápido de la mochila para así consultarlo cuando le fuera necesario para saber más del pasado de la mansión. Sin embargo, de entre las rendijas que tenía la ventana cubierta por tablones y que daban al porche de antes, se colaba unos rayos de luz lunar que iluminaron la pared de la puerta y observó que había algo colgado en ella. Se trataba de un cuadro.

Estaba muy deteriorado por el agua y el moho. Además, tenía varias cuchilladas. Daban la sensación de que fueron hechas con un hacha. En un fragmento de la pintura contempló el rostro de una mujer. Tenía una expresión alegre. Su pelo era de color pelirrojo y debía tener unos 35 años. Desgraciadamente, no pudo analizar más del cuadro, pero no importaba. Había encontrado, por accidente, a la dueña del diario.

## Capítulo 4

La casa era un completo misterio para él. Siempre había estado viviendo en Cercedilla y nunca escuchó historia alguna de ella. Ni siquiera su padre conocía su existencia. Pedro confiaba mucho en él, ya que, después del divorcio, luchó contra viento y marea para quedarse con sus hijos.

Para el joven explorador, fue un duro golpe, pues fue la eclosión de muchos problemas que se llevaba incubando desde hacía unos cuantos años. Su padre, al ser guardia civil, estaba siempre fuera de casa y su madre decidió que su mejor compañía no eran sus hijos, sino la botella. Un vicio que la llevó a que un día sus hijos al volver del colegio la entraran tirada en el suelo con un coma etílico.

El suceso hizo que su padre tomara una decisión al respecto. Fue complicado. Duro. A veces hasta infernal, pero, cuando llegó al final, los tres pudieron reconstruir sus vidas y comenzar de nuevo. Pedro no la odiaba, nunca lo hizo, porque siempre consideró que una madre era la persona más importante en la vida. Aunque su hermano se ganó ese título, ya que fue quien más le ayudó a superar esa situación.

Todos estos pensamientos se paseaban por su mente a raíz de la lectura del diario mientras avanzaba por la oscuridad deseando encontrar un lugar seguro en el que esconderse. Se sintió mal, porque estaba hurgando en la intimidad de una persona desconocida, pero no pudo evitar que su curiosidad se despertara y deseara averiguar qué había ocurrido en esa casa para que nadie quisiera saber de ella. Sin embargo, no iba a hacer esa tarea ahora. Su prioridad era descubrir qué sucedió con su hermano. La historia de esa familia podía esperar para más adelante.

Cuando quiso darse cuenta, consiguió llegar con éxito al final del pasillo. No obstante, su victoria se convertía en una nueva encrucijada que debía resolver cuanto antes. Todavía no estaba en un lugar seguro.

Tenía tres opciones. La primera fue la puerta que tenía enfrente. Su aspecto era distinto al del salón, ya que era metálica y estaba bastante comida por el óxido. Pudo observar que una cucaracha recorría su superficie hasta llegar abajo e introducirse por la rendija.

El joven explorador vio, también, que habían soldado dos piezas de metal en forma de “ce” rectangular, una a la pared y la otra a la puerta, y ambas eran conectadas entre sí mediante una cadena, cuyos extremos estaban unidos por un candado bastante grande y grueso.

Quiso abrir la puerta, pero sus fuertes medidas de seguridad le llevaron a descartar el intentarlo. De nuevo, otra evidencia de que alguien quería mantener oculto el secreto que esconde la casa.

La segunda elección le dejó de piedra, ya que a su derecha estaba la escalera, pero no una cualquiera. Era la del vídeo. Sintió la tentación de subir corriendo para averiguar qué había en el piso de arriba, pero se detuvo, ya que recordó que algo asustaba a Jorge y eso le llevó a su tercera opción.

Se dio la vuelta y tenía el acceso a otra habitación. En este caso los restos de la cocina. La puerta, o lo poco que quedaba de ella, había sido una corredera de bisagra. Lo único que se conservaba eran los raíles que estaban ennegrecidos por la suciedad.

Al entrar recordó la rata que lo atacó y también el vídeo de su hermano donde el monstruo se dejaba escuchar. Estaba en una complicada tesitura, ya que tenía que revisar la cocina en busca de más pistas y permanecer pendiente de que no le atacara ningún animal o los ojos blancos.

Dio un paso y la baldosa del suelo de la cocina crujió. No supo si fue porque se rompió o porque había algo de tierra. De pronto, escuchó un sonido a su espalda que hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Se dio la vuelta rápidamente e iluminó el suelo. Asomando media cabeza, estaban ahí, fijamente, mirándole los ojos blancos.

Soltó un grito que hizo que se cayera de espaldas contra un mueble que hacía esquina con la puerta del jardín. La linterna se le resbaló de nuevo de la mano y realizó un espectáculo de luces como si fuera una discoteca.

Miró de nuevo hacia el pasillo y ya no estaban. Trató de coger el foco, pero

se le escurría del pánico. Cuando por fin consiguió agarrarla, ya era tarde. Apuntó hacia el corredor, pero no había nada. Aun así, intento mantener iluminado esa zona, pues temblaba del terror, ya que esperaba que, en cualquier momento, saliera para atacarle.

No pasó nada. Todo estaba en calma. El silencio se vio roto de nuevo por el mismo sonido. Sin embargo, seguidamente, un trueno sonó de tal manera que hizo retumbar toda la casa. Recordó que en la radio dijeron que iba llover ese fin de semana y sus compañeros de clase estaban molestos, dado que querían salir y no hacer los deberes del instituto.

Cuando consiguió tranquilizarse, empezó a analizar lo que había visto. Lo que escuchaba era el viento pasar entre los agujeros de las paredes y todas las grietas de la casa. La oscuridad, la tensión y el cansancio hicieron que su mente le jugara una mala pasada. Todo fue una ilusión.

El joven explorador visionó demasiadas veces la película y cada fotograma estaban grabados a fuego en su mente. Las pesadillas con ellas eran los sueños más comunes desde hacía un año para él.

Si quería salir de la casa con las respuestas que necesitaba, debía ser fuerte y permanecer sereno. Se levantó y, sin perder de vista el marco de la puerta, observó que, en la pared, que estaba la ventana que daba al salón, había junto a la esquina y el acceso a la cocina un enorme hueco que debió ser el espacio que ocupó el frigorífico. Uno que tuvo que ser grande, ya que aún quedaban los restos de grasa que contornearon el electrodoméstico en su momento y permitían hacerse una idea del tamaño.

A continuación, empezaba la encimera que recorría toda la habitación, dejando los agujeros donde estuvieron el fregadero, fogones y demás aberturas para todo lo que fue una cocina en sus tiempos. Al final de este, la otra puerta que daba al jardín trasero y por donde intentó entrar antes.

Su vista se detuvo en el último rincón que hacía la salida al exterior con el acceso al pasillo. Había un hacha con bastante buen aspecto. Era de leñador y el filo estaba intacto. Tenía la altura aproximadamente de un metro y la hoja un de radio 20 cm.

Pensó en cogerlo e ir armado con él, pero entre la mochila y las ropas que llevaba, no iba a poder usarlo bien. Recordó su porra que cayó en mitad del

pasillo apuntando hacia la escalera. Parecía una señal del cielo que decía que debía subir al piso superior si quería seguir adelante. Además, el fuerte olor a grasa podrida, humedad y polvo asfixiaban a Pedro. Rápidamente, la recogió y se dirigió a su siguiente destino.

Tenía un pequeño descansillo, que parecía hacer la función de zapatero y también para dejar los abrigos, y, a continuación, empezaba una escalera recta de caracol en un estado lamentable.

Comenzó a subir y la madera crujió a sus pies. Se planteó seriamente si continuar o buscar otra forma. Pensó en trepar por las enredaderas del exterior, pero cuando observó los alrededores no parecían muy estables.

Se armó de valor y, antes de seguir, echó un último vistazo al marco de la puerta tal y como hizo su hermano esa noche. No había nada. Era hora de avanzar mientras en la lejanía se escuchaban los truenos de la tormenta que estaba a punto de llegar.

.

## Capítulo 5

Ahora su mochila de explorador se había transformado en un lastre que le molestaba para respirar. Mientras recuperaba el aliento se limitó a buscar con su linterna a los ojos blancos por el pasillo que se mostraba ante él. Era un corredor igual de ancho que el del piso de abajo. Aunque parecía en mejor estado. Sin embargo, el olor fue peor. Indescriptible. Tenía todos los ingredientes perfectos para hacerle vomitar. Terminó agotado tras subir las escaleras que se habían convertido en una ruleta rusa de si iba a caer o no al vacío.

Tratando de fijar su vista en algo para desconectar del hedor, descubrió que tenía a su derecha una ventana. Intentó abrirla para ventilar, pero le resultó imposible. Estaba fuertemente sellada por la suciedad.

Delante de él había una puerta cerrada. Desesperado por encontrar refugio, trató de cruzarla. El picaporte giró, pero no se abría. Con todas sus fuerzas la golpeó con su hombro. No consiguió nada. A cada segundo que pasaba se ahogaba más y no quería bajar por las escaleras para retroceder.

De lo más profundo de su ser sacó toda la energía necesaria y volvió a empujarla. Se abrió, aunque, del impulso, cayó al suelo. Su linterna se le escurrió, pero no se separó de él mucho, ya que se ajustó la correa de seguridad para que no le volviera a pasar de las veces anteriores. Cuando se levantó, cerró, aun a riesgo de que los ojos blancos estuvieran por ahí.

A la izquierda, tenía un enorme armario empotrado cuyas puertas correderas estaban cerradas. Enfrente de él, en mitad de la sala, había una banqueta tirada en el suelo, la cual colocó en pie de nuevo para poner ahí la linterna e iluminar todo el ropero. De esta forma, Pedro se armó de valor y se acercó con su porra en alto para golpear a lo que saliera de ahí.

Fue extraño. Estaba en buen estado pese a lo vieja que era la casa. La puerta tenía un surco que hacía la función de tirador e iba desde la base hasta la parte

superior de la misma.

Tragó saliva. El corazón se le iba a salir del pecho y, de los propios nervios, las manos se le dormían. Dudó un momento si abandonar todo y salir corriendo de ahí, pero recordar los gritos de agonía de su hermano volvieron a alimentar su sed de venganza.

Abrió...

No había nada, solo una balda por encima de su cabeza que sostenía el polvo. Respiró aliviado y proclamó era una habitación segura, ya que no existían más muebles ni escondites para el monstruo.

Volvió a coger su linterna y observó el resto de la sala. Todas las paredes tenían, desde el suelo hasta aproximadamente un metro de altura, un decorado en forma de tablas apiladas, una a continuación de la otra con el fin de simular una verja de madera.

Por encima de este se encontraba un papel de color rosa que envolvía el resto de los muros. Estaba medio despegado en determinadas partes y tenían algún que otro hachazo. Pedro recordó el cuadro del piso de abajo y parecían muy similares.

En la pared de enfrente al armario había una ventana cerrada, pero no tenía aspecto de sellada. A continuación de esta, hacia la izquierda, se alzaba una estantería que no contenía nada.

El siguiente muro que estudió fue el que tenía perpendicularmente al armario y al tabique de la ventana. Había un montón de dibujos que estaban hechos por un niño pequeño... o niña.

Recordó el diario que apareció en el salón. En él, se hablaba de una.

Me preocupa Isabel. Está muy rara. No ha bajado su rendimiento en el colegio, pero se comporta de un modo que nunca la había visto. Supongo que es su forma de llevar el dolor. El accidente le ha tenido que marcar muchísimo... como a todos... ¡Por Dios, que

solo tiene cinco años!

La psicóloga me dijo que en los niños era normal reprimir los sentimientos. Además, que, para ellos, es más fácil asumir las cosas, pues aún no tienen desarrollado el raciocinio, pero no sé.

Yo la noto rara. Algo en mi interior me lo dice. Mi hija me necesita y yo la estoy fallando. No soy lo bastante fuerte. Por eso Juan me culpa de todo.

Retomo de nuevo la página.

He tenido que tomarme un ansiolítico. Ahora que estoy más relajada, he visto una cosa positiva en ella. Creo que es su manera de expresarme sus sentimientos.

Hace muchos dibujos. Yo creo que de mayor será pintora. Siempre me ha pedido papeles y lápices. Manualidades es su asignatura favorita.

Dibuja prácticamente todo lo que ve, hasta a su amigo invisible.

Espero que cuando se lo cuente a la psicóloga lo vea igual que yo y que me diga qué es bueno para ella. Para mí lo es.

Pedro cerró el diario y miró la pared con los dibujos. Eran muchos y la mayoría de árboles o animales. Se fijó en uno que tenía un encerado y un

montón de niños. Debía de ser su clase. En otro había un señor moreno con mucha barba y una mirada muy seria que escribía en un ordenador. El joven explorador supuso que era su padre.

Otro dibujo parecía un intento de copiar una fotografía, ya que pudo reconocer a su madre. El retrato era un primer plano de Carmen que tenía cogida a Isabel por detrás y ambas miraban a cámara. Un momento que, pese al estilo infantil de la niña, podía verse el afecto que sentía la una por la otra.

La nostalgia le hizo recordar lo feliz que fue de pequeño, antes del divorcio de sus padres. Cuando su madre no bebía, pues ella era una persona muy sonriente, alegre y divertida. Sin embargo, su chispa de la vida se fue apagando por la soledad que sentía al no tener a su marido cerca. Puede que Pedro y su hermano pasarán tiempo con ella, pero no fue suficiente para llenar ese vacío. Durante un tiempo se sintió culpable por la separación de sus padres. No fue fácil de entender para él.

El momento de melancolía se vio interrumpido cuando observó otro dibujo de la pared que estaba cerca del armario e hizo que hasta la última gota de su sangre se congelara. No lo podía creer. Era imposible.

La cabeza le daba vueltas y su visión se iba perdiendo hasta solamente centrarse en el dibujo. Dio un paso, luego otro y así hasta llegar a él. La arrancó y, al igual que el diario, lo observó con detenimiento.

Trató de tranquilizarse, pero las manos le temblaban cada vez más y empezaban a sudarle muchísimo. Notaba una sequedad en la garganta. Su respiración era irregular. Todo estaba fuera de control en él. Era real lo que veía. No había ninguna duda.

El dibujo estaba realizado con trazos infantiles. Llenos de ternura. Aparecía una niña con un vestido de color verde con dos trenzas a cada lado de su cabeza, pero eso no fue lo importar, sino lo que había a su derecha. Unos cuantos trazados trataban de representar un círculo de color rojo. Era imperfecto, pero se apreciaba su forma. Hacía la mitad, pero acercándose al borde inferior, tenía una enorme boca abierta que quedaba muy bien representada por el negro. Puede que fuera infantil, pero era terrorífico mirar en el interior de esas fauces. Sin embargo, eso no fue lo peor. Lo más horrible de ese retrato eran los enormes ojos blancos que le observaban.

— Es imposible —musitó tembloroso.

Un relámpago iluminó la habitación y un trueno rompió el silencio en el que estaba envuelto. Soltó el dibujo como si ardiera. Después, lanzó un grito. Trató de alejarse de él, pero las piernas le fallaron y, al echarse para atrás, tropezó con el taburete, cayendo de culo. Como si de un niño se tratase, buscó refugio en la esquina de al lado de la ventana.

— Es imposible —dijo de nuevo con alguna lágrima recorriendo su rostro.

Se ahogaba. Le estaba entrando un ataque de ansiedad. Abrió la ventana. Llovía con una intensidad que nunca había visto en su vida. Sin embargo, el aire húmedo, limpio y frío le ayudaba a recuperarse, ya que, por fin, no olía el hedor del infierno en el que se encontraba.

Recordó las palabras del diario de Carmen: “*Dibuja prácticamente todo lo que ve, hasta a su amigo invisible*”. La vista se le nublaba por momentos y tenía una presión en el pecho que lo estaba matando lentamente.

¿Qué relación tenían los ojos blancos con la niña, el accidente de la familia y la muerte de su hermano? Esa fue la pregunta que rondaba una y otra vez por la cabeza. Como si luchara por su vida, se aferraba al marco de la ventana tratando de calmarse, pero era inútil. Estaba muerto de miedo.

Tímidamente, cual niño que no quiere ver la aguja de la vacuna que va a ponerle el médico, miró hacia la puerta, que se iluminó por un relámpago.

## Capítulo 6

Las gotas golpeaban el cristal de la ventana del pasillo violentamente. Se preguntó si la casa resistiría el vendaval, pues empezaba a haber goteras a lo largo del corredor y, además, la madera del techo crujía muchísimo encima de él. Definitivamente, el mundo quería enterrar en el olvido ese chalé.

El aire del interior había cambiado un poco gracias a la lluvia. La humedad hacía que no estuviera tan cargado el aire y se respirara un poco el aroma del bosque. Por fin, el joven explorador dejó de tener náuseas.

De nuevo, con su linterna, se aseguró de que los ojos blancos no estaban ahí, ocultos en la oscuridad. En su búsqueda, halló una primera puerta a la izquierda, a la cual se acercó con cuidado, pues no se fiaba nada de que el suelo no cediera por su peso. Sorprendentemente, pudo sentir que la superficie aún era fuerte e iba a aguantarle el resto del viaje.

Cuando llegó, giró el pomo, pero no consiguió abrirla. Trató de realizar la maniobra que hizo antes con la anterior habitación, pero fue un grave error, ya que cuando impactó con la entrada, sintió que se había chocado con una montaña. La madera estaba casi intacta, pero no se abrió ni un milímetro. Recordó el hacha de abajo y quizás con él sería capaz de entrar, pero abandonó esa idea. No quería tentar a la suerte de nuevo con las escaleras que estaban en sus últimos días de vida.

Tratando de ahogar su grito de dolor para no llamar más la atención de lo que lo había hecho, pudo escuchar de manera clara y segura que la tormenta sonaba más fuerte al otro lado de la puerta.

Un relámpago iluminó el final corredor y pudo apreciar por un segundo que había una puerta de cristal. Dedujo que era la del balcón que vio horas antes. Descartó salir por ahí, ya que el tiempo no fue su mejor aliado.

Con la linterna buscó una nueva ruta y encontró que, en la pared de enfrente, a escasos centímetro de él, había otra que estaba entreabierta. El joven explorador reflexionó un momento si pasar o no por ahí, dado que le parecía muy raro que estuviese así.

Pudo escuchar un ruido en el piso de abajo, lo que activaron sus piernas automáticamente y echó a correr hacia la habitación con la sensación en la nuca de que alguien le observaba mientras huía. Cuando cerró la puerta, sin mirar si había o no algo, un relámpago iluminó la estancia y Pedro vio a otra persona al lado suya.

Tratando de huir, saltó hacía el interior de la sala y cayó al suelo. Alzó su porra al aire y apuntó con la linterna a donde estaba, pero él también llevaba una y le dejó ciego. Todo era muy confuso.

— ¿Quién eres?! —exigió saber.

Pero solo recibió la respuesta del eco de la habitación...

Cuando recuperó la vista, descubrió que lo que tenía enfrente suya era un espejo roto. Respiró aliviado y no pudo evitar soltar alguna carcajada. Su corazón iba recuperando su ritmo poco a poco. Le vino bien algo de humor después de todo.

Se trataba de un armario enorme cuyas puertas de cristal estaban muy estropeadas con arañazos y golpes. Con ese cuadro, el espejo creaba una imagen del joven explorador completamente deformada y monstruosa. Le aterraba. Sintió que observaba el futuro y que podría convertirse en lo que estaba viendo. No quería mirar más. Se centró de nuevo en la investigación.

Era una habitación bastante grande en comparación con la anterior. Se atrevió a pensar que casi igual al salón. Sin embargo, como el resto de la casa, una sombra de lo que antaño fue. Lo único que permanecía casi intacto era el somier de una cama de matrimonio.

Enfrente de él había un enorme ventanal que mostraba el reino de la oscuridad de la noche. Solo podía apreciar las gotas de la lluvia que impactaban contra el cristal que seguía resistiendo el temporal. Por último, a la izquierda de la cama, estaban otras dos puertas que eran las que vio antes y daban al balcón. Curiosamente, no parecían tan selladas como el resto de sus hermanas.

Llegó a la conclusión de que estaba en la habitación de Carmen y su marido. Miró de nuevo el armario y pensó que debía abrirlo para comprobar que no hubiera peligro. Sin embargo, el nivel de degradación del espejo no le despertaba la suficiente confianza, pues podría venirse encima de él una lluvia de cristales rotos. En lugar de eso, volvió a sacar el diario.

Me preocupa Juan. No habla nada. No se comunica. Es como si su cuerpo estuviera aquí, pero su mente en otro lado.

No consigo que se abra. Es un buen hombre, pero siempre ha sido muy introvertido. Me duele mucho. No soporto la idea de perderle, pero no sé qué más hacer.

Me he insinuado a él por las noches y está bien lo que hacemos, pero no noto la pasión de antes.

Él es 15 años mayor que yo, pero me eligió a mí, porque, entre todas las mujeres que había a su alrededor, yo era especial.

Trabaja mucho. Es ingeniero informático para el estado y siempre está muy ocupado. Antes vivíamos en la ciudad, pero el estrés de todo le ponía más nervioso y nos vinimos aquí para que se despertara en silencio.

Siempre ha sido una persona muy distante, pero me demostraba que me quería... a su modo. Aunque,

después del accidente, todo cambió en él. Si tan solo me contara sus secretos...

Estuvo mirando al infinito un buen rato mientras veía como las gotas de agua se deslizaban por el cristal de la ventana. Un relámpago sonó a lo lejos mientras él seguía navegando por sus pensamientos tratando de buscar un sentido a lo que estaba descubriendo.

De momento, lo que sabía es que ahí vivió una familia que en algún momento de su historia se vio truncada por un “accidente”, pero hasta donde había leído, no encontró información sobre el tema.

Se sentía frustrado porque no hallaba la relación entre los ojos blancos, la familia y la muerte de su hermano. Todo era un enigma muy complicado de enlazar. Sin embargo, él sabía que había una conexión. Solo necesitaba seguir buscando.

El joven explorador empezó a pensar que el comportamiento de los integrantes de esa casa fue similar. Por un lado, el marido intentaba refugiarse en su trabajo y, por otro, la niña trataba de superar, lo que la madre repetía una y otra vez, un accidente que afectó a todos. La conducta de la dueña del diario era lo que más le chirriaba, pues estaba seguro de que padecía una depresión fuerte y, quizás, en algún momento de su historia acabó perdiendo el juicio. Recordó por un momento las marcas de hacha que iba encontrando por el camino. Prefirió no pensar las barbaridades que, a lo mejor, pudo hacer.

Un trueno le sacó de su trance. Volvió a mirar la cama de matrimonio y recordó cuando iba a dormir con su hermano porque le daban miedo las tormentas. Se sentía muy seguro. Podría caer la peor de las lluvias que él siempre estaría ahí para protegerle.

La melancolía del momento hizo que se sintiera peor, pues eso ya no volvería a ocurrir y ahora, en esa casa, tenía que enfrentarse por primera vez a la vida solo. Una prueba muy cruel que se le impuso y debía superar.

Los pensamientos del joven explorador hicieron que no se diera cuenta de que había cesado el diluvio. Volvió a gobernar el silencio. Era hora de abrir la puerta que daba al pasillo.

## Capítulo 7

La fría y absoluta oscuridad le había envuelto con su manto, pero no para protegerle, sino para dejarle otra vez vulnerable ante el peligro que se encontraba oculto en los cimientos de la casa. El silencio, aquello que la física lo definía como “la ausencia de sonido”, era todo lo que escuchaba. El lugar estaba en paz, en una tranquilidad que aterraba a cualquiera.

Sujetaba la porra con tanta fuerza que las estrías del mango se le clavaron en la piel. Seguramente, le habrían dejado marca. El dolor que sintió le hizo salir de su trance. Cerró los ojos por un momento y dejó que la oscuridad y el silencio se apoderaran de él.

Cuando los abrió para seguir su camino, se dio cuenta que ya había llegado a su fin. Al fondo, iluminado por la luz de la luna, estaba la última puerta que tenía que cruzar para encontrar las respuestas que necesitaba. Pero Pedro no fue preparado para lo que se escondía ahí.

De nuevo, su sangre se heló hasta los confines de su cuerpo. El joven explorador no podía creer lo que veía. Como si flotara y de una película se tratase, se iba aproximando lentamente hacia lo que ocultaba la puerta que ni existía, pues solo quedaban los restos del marco.

Las noches en Cercedilla eran muy despejadas y, si se subía un poco por el monte, se podía contemplar todo el maravilloso manto estrellado, sobre todo en verano, pero hubo una que marcó para siempre la vida de Pedro.

Ese día hizo mucho deporte con sus amigos y cuando llegó a casa no quiso ni cenar. Simplemente se duchó y se fue a dormir, pero, antes de que entrara en sus sueños, su hermano le llamó para ir con él a la montaña por la noche, ya que aún hacía calor y quería aprovechar todo lo posible antes de que llegara el otoño.

Pedro no tenía ganas y, pese a sus insistencias, no quiso ir. Lo último que le

dijo antes de quedarse dormido fue: “Eres muy pesado a veces”, a la mañana siguiente, lo primero que vio fue a su padre de pie mirándole fijamente con lágrimas brotando de sus ojos como si de una cascada se tratase.

El sargento, el hombre más fuerte que conocía, estaba completamente desolado mientras le contaba la terrible noticia sobre su hermano. Pedro se quedó en *shock* durante horas hasta que, de pronto, en mitad del velatorio, estalló de dolor y rabia por lo que había visto.

Ahora, un año después, se encontraba en el lugar más especial del mundo. Por desgracia, con un significado totalmente negativo y triste. La estancia estaba cubierta por azulejos de color blanco oscurecidos por la suciedad, moho y restos de algo negro que, quizás, era sangre seca.

En cada junta de azulejo se podía apreciar en perfecto detalle un avanzado estado de descomposición. A veces, en las uniones solo había suciedad y hongos que sujetaban cada placa. En otras, un desfile de insectos de todas las especies conocidas por el hombre.

A la izquierda de Pedro estaban dos cabinas, cuyas puertas desaparecieron como un grano de arena en el mar. Sin embargo, uno se usaba para ducharse, pues aún conservaba los restos del plato, pero que, en vez de tragar agua por el desagüe, ahora salían raíces y cucarachas de él. El siguiente habitáculo era donde, tiempo atrás, estaba el retrete. Ahora, solo había un agujero en la pared muy cerca del suelo. Por ese orificio debió existir la tubería del inodoro.

Sin embargo, su atención se centró en lo que tenía enfrente de él. Era una pared llena de azulejos de los cuales algunos estaban resquebrajados. Otros se cayeron al suelo tiempo atrás y los que quedaban fueron manchados de una sustancia roja muy reseca. Pedro sabía muy bien qué era.

Lo peor fue que toda esa cerámica formaba un dibujo con forma de palabra, pero no una cualquiera, sino la que le torturaba desde hacía un año y que, noche tras noche, soñaba una y otra vez.

## AQUÍ

El viaje llegó a su fin. Era un hecho. Todas las esperanzas del joven explorador se vinieron abajo. Había alcanzado su objetivo. Estaba en el baño que grabó su hermano y murió de manera extraña. O, en otras palabras, la tumba de

Jorge.

No pudo aguantar más y se puso a llorar como el mismo día de la peor tragedia de su vida. Desgraciadamente, aún estaba ahí. Resurgiendo como el ave fénix de sus cenizas salió hacia fuera todo el dolor que había estado reprimiendo durante todo el año. El agujero de su pecho, que creía ya cerrado, se volvió a hacer más grande y no pudo evitar llevarse una mano a él. De algún modo, intentaba consolarse así mismo. Se abrazó.

No supo cuánto tiempo pasó ahí lamentándose de su desgracia, pero le daba igual. Ya había visto lo que necesitaba. Fuera lo que hubiera atacado a su hermano, abandonó la casa hace mucho tiempo. Sin embargo, Pedro siempre estuvo seguro de que iba a descubrir la verdad tras recuperar el vídeo de Jorge, pero era ya una certeza de que no iba a encontrar nada más allí.

Los llantos del joven explorador resonaban en las paredes del baño y se extendían por el pasillo, pasando por cada habitación del chalé, retumbando en cada esquina, en cada rincón sucio y saliendo del edificio hasta perderse en la oscuridad de la noche.

Cuando por fin se calmó, trató de buscar fuerzas para levantarse. No se percató de que se derrumbó sobre sus rodillas. Debajo de ellas había un gigantesco charco de sangre. Sintió un asco terrible, pues sabía de quién era.

Atrás quedaba ya toda misión y deseo de descubrir la verdad de lo ocurrido. Había sido una noche muy larga y tenía que regresar a su casa. Como si cargara con una enorme roca a su espalda, se levantó con mucho esfuerzo. Leyó por última vez la palabra maldita.

La concentración de Pedro se vio rota cuando empezó a escuchar un goteo a lo lejos. La luz de luna iba desapareciendo poco a poco y eso significaba que iba a volver la tormenta. Tenía que darse prisa, pues si no iba a tener que esperar ahí hasta que pasara de nuevo.

— Adiós, hermano —musitó.

Sin embargo, no empezaba a llover y el goteo se iba escuchando cada vez más fuerte. Era como si se estuviera desplazando por la casa y subiera por las escaleras. De pronto, ese sonido le hizo despertar de su trance.

Llevaba ya un rato oyéndolo, pero no le estaba prestando atención. Pensaba que eran los restos de la tormenta que había habido hasta hace muy pocos minutos. El joven explorador sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo hasta erizarle los pelos de la nuca. Lo conocía, lo había escuchado antes de llegar a la casa. Empezó a andar hacia el pasillo y, cuando estaba a punto de salir, alguien dijo:

— Pedro...

Como si una fuerza mística lo hubiera empujado, el joven explorador se pegó a la pared de AQUÍ y se puso en alerta para lo que pudiera entrar por la puerta. Alzaba la porra en posición de combate, pero no hacía más que temblarle en la mano.

— Pedro... —volvió a escuchar.

Estaba muy asustado y no comprendía lo que pasaba. Contempló la penumbra del pasillo que iba haciéndose más y más grande, ya que la luz de la luna se iba debilitando por momentos. En su interior había una mezcla de sentimientos que impedían que usara su lógica y, sobre todo, sus manos. Temblaban como un flan recién sacado del frigorífico.

— Pedro... por favor... derecha —dijo de nuevo la voz.

El joven explorador no podía comprender lo que ocurría, pero decidió hacerle caso. En el fondo de su ser sentía que debía obedecerle. Ahora mismo, su vida dependía de ello, ya que el goteo se aproximaba por el pasillo.

Se fijó en el agujero de la pared y se dio cuenta que podría entrar por ahí si quisiera, pero tenía que darse prisa porque las gotas se acercaba más, un sonido que se había convertido en algo desagradable de escuchar.

— ¡PEDRO! —volvió a escuchar con más claridad.

El joven explorador reaccionó y saltó hacia el agujero como si se hubiera tirado de cabeza a la piscina. Al principio, pasó su cabeza, pero no calculó el volumen de la mochila y eso hizo que se diera un buen golpe.

Aturdido y con el goteo ya encima, Pedro salió del agujero, se quitó el macuto y lo lanzó por el hueco sin pararse a pensar en dónde acabaría. Después

entró él metiendo primero las piernas y luego resto del cuerpo.

Tenía toda la cara manchada de barro, suciedad, y prefirió no pensar en de dónde salió la masa negra de su pelo. Tampoco quiso mirar de nuevo al baño, pues el goteo ya había entrado en la sala.

Seguido de ese sonido comenzó a escuchar una respiración muy fuerte y pesada. Después de unos segundos de silencio, lanzó un grito desgarrador que Pedro entendió perfectamente lo que significaba. Estaba enfadado y hambriento.

— Bien hecho —dijo de nuevo la voz—, canijo —añadió Jorge.

## Capítulo 8

Era ya la tercera arcada que oprimía y ya no podía más. Tenía que salir del agujero, pero regresar al baño era demasiado peligroso. Al menos, de momento. Ya no escuchaba el goteo, aunque estaba muy asustado como para volver atrás.

Notó que sus pies tocaban algo que se movía. Al principio pensó que era su mochila, pero no. Se trataba de un escombros enorme que, con un poco de fuerza, consiguió apartar. De pronto, una corriente de aire fresco empezó a venir desde la nueva salida que había conseguido hacer.

Lentamente empezó a deslizarse por el hueco hasta salir, por fin, a una sala que se trataba de otra habitación que no había visto nunca. Antes de ponerse a analizar, cogió el mismo pedrusco que empujó y tapó la abertura. Después, sacó la botella de agua de su mochila y empezó a enjuagarse la boca para quitarse el asqueroso sabor del agujero.

Tomó aire un par de veces tratando de ordenar sus pensamientos y aclararse la vista, pues había estado sometido a mucha presión y todo le daba vueltas. Por más que se estuvo mentalizado a la hora de venir a esa casa, nadie le enseñó a luchar contra lo que acababa de vivir hasta hacía tan solo unos minutos.

Tenía la absoluta certeza de que su hermano, de alguna forma, le había salvado la vida. Su vista podía engañarle, pero no su corazón. Estaba completamente seguro de que aquella voz fue la de Jorge. Sin embargo, la cosa que entró en el baño y rugió de rabia significaba solo una cosa. El monstruo de los ojos blancos también era real.

Sus ganas de abandonar desaparecieron y volvió su sed de venganza. Por lo que escuchó, no debía de ser muy grande, pues el goteo no tardaba mucho en llegar al suelo. Sin embargo, lo frustrante es que no oyó ningún sonido de patas o cuerpo arrastrándose. Las conjeturas de Pedro se detuvieron cuando recogió la linterna del suelo y la encendió para observar dónde estaba.

Era una habitación a la cual se le había caído el techo casi por completo. Solo conservaba un fragmento próximo a la única ventana que tenía, pero en cualquier momento se iba a venir abajo.

Junto a la puerta yacía un montón de escombros que obstaculizaba su apertura. Entendió, por fin, por qué razón no fue capaz de abrirla desde el pasillo. A la derecha de la puerta se encontraba una pared que tenía dibujos, bastante degradados, pero aún se podía contemplar lo que se había pintado en cada uno de ellos.

En uno se podía apreciar a Isabel, la niña pequeña del diario. Los trazos seguían siendo los mismos que los de un crío, pero, en esta ocasión, la pequeña agarraba con la mano a otro niño.

El chiquillo era algo más alto que Isabel. Vestía un peto de color azul y debajo llevaba una camiseta verde. Tenía, además, unas deportivas de color negro y, por último, su pelo era de color naranja.

A continuación de ese dibujo había otro donde se podía apreciar al monstruo. Miraba al frente con esos enormes ojos blancos y esa gran boca en la cual no se veía el interior, solo la fría oscuridad. En la esquina inferior derecha del dibujo estaba escrita una palabra:

BURY

Sacó de nuevo el diario de Carmen y buscó entre sus páginas ese nombre. Afortunadamente, la letra de la dueña era muy clara y con un poco de paciencia halló lo que necesitaba.

Bury, así es como Isabel llama a su amigo invisible. Me parece un nombre muy feo.

La escucho hablar muchas veces sola con él supuestamente. La psicóloga me ha dicho que no me preocupe, que es normal en niños de su edad.

Yo no sé qué pensar. El vacío que dejó el... accidente la ha trastocado mucho. Estoy pensando en llevarla a mi psicóloga, ya que yo no consigo hacerme con ella.

Sigue siendo muy buena, pero se comporta como si... él no se hubiera ido.

Jorge... Mi pobre Jorge...

Jorge... Un nombre que conocía muy bien e hizo que se sintiera identificado con Isabel. Ambos perdieron a sus hermanos mayores y cada uno trataba de sobrellevar el dolor. La niña se inventó un amigo invisible para aguantar el vacío que sentía, aunque ese compañero se trataba del mismísimo demonio.

## Capítulo 9

La suerte le ayudó a cruzar el agujero una vez, pero no sabía si iba a estar de nuevo de su lado para hacerlo una segunda vez. Con mucho cuidado y esfuerzo, sacó su mochila por el orificio. Después, a un ritmo algo más lento, pero seguro, salió Pedro. No había peligro alguno, pues estuvo escuchando pacientemente si andaba cerca el goteo.

### AQUÍ

Volvió a leer la palabra ensangrentada que le hizo preguntarse su significado. ¿Sería un mensaje de una antigua víctima del monstruo? Decidió no empezar a plantearse cuestiones y se centró en lo que necesitaba hacer ahora: matar a Bury.

— Pedro... vete... por favor —dijo su hermano.

— ¿Jorge? —preguntó al aire Pedro—. ¿Eres tú? —volvió a hablar al vacío de la habitación.

— Pedro... no lo intentes —suplicó Jorge.

En esas últimas palabras hubo cierta desesperación. Por un momento, se lo imaginó de rodillas suplicándole que le hiciera caso, pues el camino que iba a coger estaba tiznado por la muerte.

Pero no iba a retroceder. Su sed de venganza había aumentado desde que confirmó la existencia del monstruo. No fue el momento de renunciar. El diario que tenía en su poder era otra prueba más de que los ojos blancos asesinaban gente. Estaba seguro de que la familia que vivió en la casa pereció por su culpa. Sentía que debía terminar con él de una vez por todas.

— ¡NO! —gritó Pedro.

El joven explorador estaba decidido a castigar a ese monstruo por sus crímenes y conseguir que la memoria de su hermano descansara en paz. No iba a volver con él nunca más, pero, al menos, tendría la tranquilidad de que el demonio no volviera a hacer daño a nadie.

Una gota cayó...

La respiración de Pedro se detuvo por un instante. Un momento que quedó congelado en el tiempo como si de una fotografía se tratase.

Otra gota cayó...

No era la lluvia, ni una cañería que estuviera rota.

Una gota más...

Volvió en sí. Su destino le esperaba en el pasillo. Llegó el momento de librar la gran batalla contra la peor de sus pesadillas. Dio un paso. Luego otro. Se paró. Tomó aire. Dio otro más. Estaba a punto de salir del baño. Lo hizo.

El corredor seguía gobernado por la oscuridad, salvo por la poca luz que entraba de las ventanas de los extremos del pasillo. Iluminó el fondo para ver a su presa que lo vigilaba.

Un relámpago cayó...

Era redondo. Tenía como unos 50 centímetros de diámetro y no parecía peludo, sino más bien despellejado. El joven explorador podía apreciar que en su superficie había restos de una masa rojiza y algo deformada. Llegó a la conclusión de que eran músculos. Sin embargo, lo más paranormal de toda la situación, si es que podía haber más, es que ese cuerpo estaba flotando en el aire. No tenía patas ni nada por el estilo. De esta forma, solo se escuchaba el goteo de su saliva.

Lo miró a los ojos con el fin de averiguar qué ocultaban y no pudo evitar sentir angustia por ellos, ya que no había pupilas y, pese a que eran blancos, parecían llenos de desesperación y dolor, pero, también, rabia y hambre.

Un segundo relámpago cayó...

Estaba sediento de sangre y acababa de llegar el mejor plato que podía tener desde hacía mucho tiempo. Seguramente más de un año sin probar la carne humana. Por fin llegó el momento de saciarse.

Observó que el monstruo avanzaba lentamente hacia él. El chico no movía ni un músculo, pues estudiaba los movimientos de su adversario. No podía fallar. Era ahora o nunca.

— Bury —pronunció de forma decidida.

El monstruo se detuvo y abrió sus enormes ojos observándole como si hubiera visto un fantasma. Parecía que comprendía lo que le había dicho. Su respiración pesada se alteró bastante.

— Así te llamaba Isabel, ¿verdad? —preguntó.

El monstruo retrocedió y parecía asustado. El goteo seguía sin variar. Sin embargo, cada intervalo entre una y otra sonaba como una pieza musical compuesta en armonía para amedrentar a sus víctimas.

— Y mataste a mi hermano Jorge, ¿no? —volvió a preguntar.

Un tercer relámpago cayó. Empezó a llover.

Rugió con rabia y se abalanzó contra su presa. El joven explorador lo esquivó saltando hacia el baño de nuevo. El monstruo cayó a sus pies, pero no le atacó por ahí, ya que volvió a saltar e intentó comerle la cabeza.

Pedro, con unos reflejos dignos de un superhéroe, le dio una patada muy fuerte que hizo que Bury saliera disparado contra la pared de la palabra “Aquí”. Todo el movimiento parecía una chilena de fútbol.

Algunos azulejos se despegaron creando una especie de jeroglífico. Lanzó otro rugido que manifestaba dolor y rabia por el golpe recibido. Estaba más furioso. El joven explorador lo percibió. Sonrió. Era posible hacerle daño. Su oportunidad había llegado. Se levantó tan rápido como pudo y le golpeó con su porra. Una, dos y tres veces seguidas consiguió darle.

Como si de una cucaracha se tratara, Bury intentaba huir de él escapándose al pasillo. Soltó varios golpes más, pero solo alcanzaron al aire. El monstruo era

más rápido de lo que parecía y, tras realizarle una última finta, se lanzó contra su presa y ambos atravesaron la puerta del pasillo que daba a la terraza.

El cielo se había abierto en el exterior. Algunos relámpagos iluminaban la parcela alrededor de la casa y la lluvia cubría con su manto toda lo que estaba a su alrededor, incluida la lucha entre hombre y monstruo.

Bury y Pedro rodaron por el suelo. Al librarse de su atacante, el chico se ahogaba. Había recibido un golpe muy fuerte en la boca del estómago y la vista se le nublaba. Claramente, estaba en mucha desventaja, más de lo que calculó.

Los ojos blancos se separaron de él en señal de esperar un contraataque que nunca llegó. Era su momento, iba a probar bocado después de un año. Se acercó lentamente mientras Pedro intentaba recuperarse el tremendo golpe, pero en el último segundo reaccionó y le atacó de nuevo con la porra. Le alcanzó en un ojo que hizo que se revolviere de dolor. El chico se levantó apoyándose en la barandilla de la terraza, pero la mala suerte hizo que cediera y se cayera al vacío.

Afortunadamente, unos matorrales le salvaron de romperse la crisma, aunque no evitaron que se hiciera algunos rasguños. Nada grave, pero sí le iban a molestarle más adelante. Se arrastró por el suelo que estaba lleno de barro y volvió su vista hacia la terraza del piso superior. No podía ver nada. Había perdido su linterna, pues el cordón de seguridad se rompió en el forcejeo. Sacó rápidamente otra más pequeña que traía por si ocurría eso. La encendió.

Un relámpago alumbró todo el cielo dejando ver a contraluz la figura redonda de Bury que lo contemplaba fijamente. Sus ojos parecían tener incandescencia propia. Pese a estar todo iluminado podía distinguirlos perfectamente.

— ¡FUERA! —gritó el monstruo.

Todo lo que Pedro consiguió recordar tras ese momento fue como de manera automática se metía en las profundidades del bosque con el fin de encontrar un lugar seguro en el mundo.

## Capítulo 10

Se tropezaba con las raíces de los árboles, con las piedras, algún arbusto. Caía una vez. Y otra. Y otra. No importaba. Trataba de buscar un refugio en la oscuridad. No sabía a dónde le iban a llevar sus pies, ya que se movían por inercia. Era como si todo su cuerpo hubiera sido poseído por un espíritu que lo llevaba hasta a algún lugar del bosque donde estaría a salvo.

El manto de lluvia se iba convirtiendo en un chubasco. Después en llovizna y, por último, en un recuerdo.

De pronto, se acordó que era humano y que necesitaba respirar. Las fuerzas le abandonaron y no podía más. Todo su cuerpo se agotó por la intensidad de la carrera que había hecho en tan solo unos pocos minutos.

Su respiración era muy irregular y algunas veces tenía que toser para que entrara oxígeno. Se estaba ahogando en su propia carne. El corazón, otro órgano que no ayudaba, latía tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho. Nunca fue un gran deportista y esa noche corrió lo que no había hecho en su vida. En el pasado, su hermano le hacía de rabiar porque no era muy veloz y él siempre le ganaba.

Cayó sobre sus rodillas agotado. Demasiadas emociones en tan poco tiempo. Su respiración empezaba a recobrar su cauce. Abrió sus ojos. Le escocían bastante al tener los carrillos empapados por las lágrimas que fue derramando durante el camino.

Lo vio. Nunca hubo ningún animal salvaje ni nada por estilo. Aquellos fotogramas dañados del vídeo de Jorge eran auténticos y todo lo que dijo su padre de un lobo fue mentira. Bury existía.

Su hermano lo había salvado del monstruo de alguna manera, pero, a cambio, debió pagar un precio excesivo que ninguna humano hubiese querido.

Estaba atrapado en la casa para toda la eternidad.

Tenía que tomar una decisión, posiblemente la última de su vida: debía elegir entre acabar con el monstruo de una vez por todas o volver a su pueblo y tratar de convencer a su padre de que lo que ocurría en la casa era real.

Cerca de él había una piedra lo bastante grande como para sentarse y reponer fuerzas. Estaba empapado, pero al menos con el cese de la lluvia no iba a calarse más. Notó la humedad de la roca, pero no le importaba a estas alturas de la noche.

Dejó la mochila en el frío barro del camino sin que le molestara ensuciarla. Estaba cubierto de lodo hasta las cejas. Parecía un monstruo de esas películas de ciencia ficción de los años cincuenta que le gustaba ver a su padre.

Recordó el calor de su hogar, el estar a gusto en el sofá mientras se tapaba con una manta y veía *Cuarto Milenio*. Lo echaba de menos y una parte de él quería regresar, pero la otra deseaba acabar con esa cosa.

Era una guerra que se libraba en su interior entre lo que sentía y lo que debía hacer. Se había puesto un objetivo y tenía que cumplirlo, costase lo que le costase, pero el miedo se iba apoderando de él y, por eso, quería regresar a su casa. Sin embargo, ver la habitación de su hermano vacía le hizo recordar su sed de venganza. Hasta que no terminara lo que empezó esa noche, no iba a acabarse el conflicto de su interior.

Tras unos minutos en los que dejó la mente en blanco, recapituló toda la información que fue adquiriendo a lo largo de la exploración. Hubo una familia que vivió en esa casa y que pasaba por un mal momento tras la muerte de uno de los hijos. Fue entonces cuando apareció Bury, causando que todo se fuera al garete.

Abrió de nuevo el diario con la esperanza de saber más del monstruo. Esperaba que fuera la última vez. Buscó en las últimas páginas del libro, ya que a medida que leía, la dueña se iba recuperando del trauma que padecía.

Jorge es mi hijo pequeño. Tenía el pelo pelirrojo como mi madre cuando era joven.

Fue un niño muy bueno y espabilado para su edad. Le gustaba mucho jugar con su hermana, aunque Isabel era más arisca, pero siempre acababa accediendo.

Jorge se ponía muy nervioso la Noche de Reyes, ya que bajábamos a Madrid a ver la cabalgata y, al volver, pese al cansancio, le costaba dormirse. Sin embargo, al día siguiente, estaba muy activo, aunque a eso de las seis de la tarde se quedaba dormido rodeado de sus juguetes nuevos.

Nunca me dio ningún disgusto en el colegio y eso que a veces era un poco gamberrete, pero, ¿qué niño no lo es a su edad? Le habré reñido muchas veces, pero no porque hubiera hecho algo malo, sino para que supiera que existían los límites.

Desgraciadamente, eso es una cosa que siempre me costó hacerle entender. A veces se enfadaba con su hermana y era porque a ella... le costaba relacionarse. Y aún le cuesta.

El día del accidente... se había peleado con Isabel y yo estaba también enfadada con Juan. Me prometió que iba a venir al cumpleaños del niño y me dijo que no lo haría al final, pues tenía mucho trabajo.

Discutí con él, bastante fuerte, por teléfono y le

colgué de mala manera. La situación me podía y me tomé más ansiolíticos de la cuenta.

Cuando desperté al día siguiente, Isabel estaba tratando de levantarme porque no encontraba a su hermano por ningún lado.

Le buscamos por toda la casa y no aparecía. Hasta que bajé al sótano. Ahí estaba, acurrucado, sin moverse y morado. No respiraba. No iba a hacerlo nunca más.

Jorge, perdóname.

## Capítulo 11

Llevaba toda la vida en Cercedilla y nunca se había parado a pensar que el otoño era la estación más bonita para salir al campo. Las tonalidades que iban cogiendo los árboles eran perfectas para disfrutar de la naturaleza. Sin embargo, la fachada que creaba para la vista solo servía para ocultar secretos. Todo pueblo tiene sus leyendas e historias de fantasmas, pero lo que jamás llegó a imaginar Pedro es que estaba cerca de la misma puerta del infierno.

Por segunda vez, había vuelto a encontrar el lugar más escondido y tenebroso del mundo. La casa embrujada que asusta a todo niño y que no quiere entrar. Sin embargo, ese día, el joven explorador debía cruzar el umbral una vez más para luchar contra su enemigo.

La puerta estaba cerrada, pero no sellada por las maderas. Quizás el viento hizo el favor de clausurarla o el propio Bury se tomó la molestia de hacerlo para atraer a una nueva víctima. Empezó a amanecer y pensó que debía darse prisa, pues no sabía si esa cosa salía solo de noche. Antes de entrar, sacó su móvil y comenzó a grabarse. Era un mensaje para su padre.

— Papá —empezó—. Sé que te vas a enfadar mucho cuando veas este vídeo, pero ya sabes dónde estoy ahora mismo... Es real. Vi lo que grabó Jorge cuando murió. Todo es cierto. Por favor, venid aquí con todo el arsenal que tengáis para acabar con esa cosa si yo no lo consigo...

Terminó de grabar.

Esperó un poco a que se enviara el archivo. La cobertura era muy mala por esa zona, pero, al final, tras un momento que le pareció eterno, lo consiguió. Guardó el móvil en su mochila, la cual dejó a los pies de la escalera del porche. No la iba a necesitar. Solo su porra y su linterna.

Abrió la puerta y la misma fuerza oscura que emergió la primera vez del

interior de la casa surgió de nuevo tratando de echar atrás a Pedro. Pero no se iba a detener. El joven explorador estaba preparado para pelear.

Al fondo del mugriento pasillo, protegida con cadenas y un portón de metal, se encontraba la última zona sin explorar de la casa: el hogar de Bury. También, con suerte, se convertiría en su tumba.

Intentó abrirla, pero la cerradura improvisada con las piezas de metal y el cordón era muy fuerte. Una barrera que le estaba costando superar y debía buscar el método. El primer rayo de luz de la mañana se filtró por la ventana de la cocina. Debía darse prisa.

Agarró ambas piezas en forma de “ce” rectangular y trató de tirar con fuerza. Hizo un segundo intento dando un resultado inútil. Escuchó el primer pájaro de la mañana piar. El tiempo se le agotaba.

Tomó aire para recuperar sus fuerzas, pues tenía mucho sueño y cansancio acumulado. Ya no solo de la noche, sino de toda la semana. No pudo aguantar más y explotó de rabia. Empezó a dar patadas a la puerta con una mínima esperanza tintada de desesperación de que la tiraría a bajo.

De pronto, algo muy duro cayó al suelo. Fuese lo que fuese asustó bastante a Pedro y le hizo saltar hacia atrás. Apuntó con su linterna a la débil oscuridad que iba desvaneciéndose por el alba, por si era Bury quien iba a por él otra vez, pero no había oído el goteo.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Fue la herramienta perfecta para romper las cadenas y poder luchar. Lo recogió. Pesaba un poco, pero estaba en buen estado para ser usado. Llegó el momento de continuar.

El hacha que vio horas antes en la cocina se había caído al suelo tras las patadas que dio a la puerta. Seguramente, las vibraciones que generó hicieron que perdiera el equilibrio.

Tomó aire y, como le enseñó su padre a cortar leña, lanzó un primer golpe que impactó contra la puerta. Solo le hizo un rasguño. Volvió a intentarlo y esta vez el filo se estrelló con el marco.

El joven explorador respiró hondo para calmar sus pensamientos, pues era lo que le estaba haciendo fallar. Tenía demasiada prisa por acabar, pero no se dio

cuenta de que lo dominaba la presión.

De nuevo, alzó el hacha y, en vez de hacer fuerza, dejó que la gravedad hiciera su trabajo. Solo se aseguró de dirigir bien el rumbo del filo y acertó. El sonido agudo que generó el golpe hizo que toda la casa retumbara como un gigantesco altavoz.

Volvió a hacerlo. Otra vez. Una más. Ya casi estaba. Debía mantener la concentración más tiempo. La cadena se debilitaba por momentos. Alguna gota de sudor recorrió su frente y otra le entró en el ojo, pero no importaba. Luchó contra el escozor. Finalmente, el cordón metálico cayó derrotado contra el suelo.

Exhausto, observó la escalera que se extendía hacia el abismo del sótano. Tenía un primer giro hacia la derecha y después terminaba en otro más hacia el mismo sentido. A partir de ahí, empezaba el hogar de las tinieblas. El hedor que salía fue lo más repugnante que había oído en toda su visita a la casa. Le hizo retroceder un par de pasos, pero se tapó la boca con un pañuelo a modo de vaquero del oeste. Algo le ayudó, pero no era suficiente.

Descendió por los peldaños que en cualquier momento iban a caerse. El paso del tiempo los había castigado muchísimo y se preguntó si aguantaría otro viaje de vuelta. Si es que lo habría.

Exploró la habitación. Tenía un montón de cajas apiladas alrededor pegadas a las paredes. Algunos montones llegaban hasta el techo y otros no por poco. En el suelo había un enorme círculo con unas líneas que convergían a modo de crear una especie de perspectiva. Era algún tipo de dibujo, pero no entendía qué función tenía. Solo veía que estaba elaborado con sangre.

Volvió el goteo...

Tomó aire y se tranquilizó. Se dio su tiempo. Ahora sí que era el final y debía hacerlo bien. Al girarse lo vio a los pies de la escalera dispuesto a cazar. Avanzó un poco como si le tanteara.

— Bury —dijo Pedro.

El monstruo se detuvo, pero en esta ocasión no parecía sorprendido, sino más bien enfadado. Se lanzó contra él, pero le esquivó hábilmente y dejó que se estrellara contra las cajas.

— Te hice una pregunta antes —empezó desafiante—. Tú mataste a mi hermano, ¿verdad?

Rugió. Pedro, por el eco de la habitación, soltó el hacha y la linterna para taparse los oídos. Fue un grito tremendamente agudo, como los que hacían los cantantes de heavy metal que escuchaba su hermano.

El círculo del suelo se iluminó con una luz incandescente que permitió que se viera toda la estancia. El techo, paredes, suelo, las cajas y hasta la escalera, estaban decoradas con las mismas palabras en sangre: MAMÁ, ISABEL, SOCORRO.

Se arrodilló para recoger el hacha. Bury, loco de rabia, se lanzó contra él haciéndole un placaje, pero el joven explorador se protegió con su arma, obstruyéndole las mandíbulas para que no pudiera cerrarlas de todo.

Afortunadamente, su tamaño no sobrepasaba la longitud del mango y sus manos no sufrieron daños. Solo se llenaron de babas del monstruo, lo cual, le repugnó bastante y espero que no fueran tóxicas.

Sacando las pocas fuerzas que le quedaban, lo lanzó contra otras cajas, pero eso no lo detuvo. Se abalanzó contra el muchacho de nuevo y esta vez consiguió morderle en un hombro. Se agarraba a él como una lapa y sus dientes iban perforando su carne poco a poco.

Pedro se retorció de dolor y chillaba como no lo había hecho en su vida. Sus gritos podían oírse hasta los confines del universo, pero el muchacho, en un último esfuerzo, consiguió clavarle el hacha a Bury.

El monstruo se soltó y volvió a rugir, pero de manera distinta. Cayó al suelo tratando de liberarse del arma y lo consiguió. Estaba herido y aturdido, al igual que Pedro, cuya cabeza le daba vueltas como la rueda de un coche.

El joven explorador, agotado, se apoyó en sus rodillas. Su visión era borrosa, pero lo suficiente para comprender que algo le pasaba a Bury. Sentía dolor. Puede que fuera de otro mundo, pero era mortal.

En un último esfuerzo, cogió el hacha de nuevo y volvió a clavárselo en la cabeza. El monstruo no trató de escapar. Estaba muy aturdido. Recibió el

impacto de lleno.

Como si de una bomba se tratara, empezó a iluminarse hasta que finalmente explotó, haciendo que Pedro saliera por los aires y se estrellara contra las cajas. Su visión acabó siendo gobernada por la oscuridad del sótano.

Cuando el muchacho abrió los ojos, ante él, dentro del círculo, había un niño pequeño pelirrojo que vestía un peto de color azul y una camiseta verde. Parecía que su figura estaba totalmente tintada con algún filtro de color blanco azulado.

— Gracias —dijo el niño, cuya voz parecía fantasmal.

Pedro aguardó un momento de silencio. Lo conocía.

— ¿Jorge? —preguntó.

— Sí —respondió.

Tendría que estar alucinando, pero veía al niño con tanta claridad como la poquísima luz del amanecer que iba entrando por una de las ventanas del sótano.

— ¿Estoy muerto? —preguntó muy confuso.

El niño solo se limitó a mover la cabeza en señal de negación. Tenía una sonrisa muy traviesa, como si jugara con Pedro.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó con muchísimas ganas de saber toda la verdad.

La cara del pequeño se ensombreció.

— Me enfadé con mi hermana y me vine al sótano a esconderme de ella, pero me quedé dormido y hacía mucho frío. Entonces... llegó el monstruo y me obligó a hacer daño a Isabel —empezó a explicar —yo no quería, pero a él le gustaba su sangre —continuó con lágrimas en los ojos —y entonces hizo que se pusiera malita. La maté —finalizó tapándose la cara.

— ¿Él era Bury? —preguntó.

El niño solo movió la cabeza en señal de afirmación.

— Él quería más y yo no podía parar... Papá intentó ayudarme. Después, hizo daño a mamá —respondió —Y luego, vino ese chico... También le gustaba su sangre —terminó de narrar.

Pedro comprendió lo que pasó. Observó de nuevo el dibujo del suelo y entendió por fin su significado. De alguna manera, ese niño, al morir, había sido una víctima de Bury. Como lo fue después toda su familia.

— ¿Estarán todos muy enfadados conmigo? —preguntó.

Durante un año, el joven explorador odió al monstruo de los ojos blancos, día tras día, noche tras noche. Se obsesionó hasta el extremo con hallar las respuestas que necesitaba para encontrar la paz. Ahora, después de tanto tiempo y esfuerzo, se había topado con un niño que deseaba volver con sus padres.

— ¿Sabes dónde están ahora? —preguntó Pedro.

El niño movió la cabeza de nuevo en señal afirmativa.

— ¿Y quieres volver con ellos?

— Sí, sobre todo, jugar con Isabel— afirmó.

— Ve, ya es hora— respondió Pedro.

Jorge abrió los ojos y sonrió como cuando un niño ve sus regalos de cumpleaños. Ahora, sus lágrimas recorrían su rostro emanando el brillo de la alegría. El joven explorador entendió que el pequeño hacía mucho tiempo que no sentía tanta felicidad.

— Tú también deberías volver —respondió —me dijo que te dieras prisa, porque te está esperando —añadió con cierta sonrisa traviesa.

El fantasma fue desapareciendo poco a poco mientras el joven explorador analizaba sus palabras. Cuando comprendió por fin a lo que se refería, miró hacia la escalera del sótano que aún permanecía en pie.

## Capítulo 12

Los primeros rayos del sol entraban por la pequeña ventana que había muy cerca del techo para que los vapores de la ducha salieran mejor. Sin embargo, el olor mugriento que dejó el paso de los años no conseguía irse de ahí, pero no importaba, pues ahí estaba él, esperándole, sonriente, como siempre era. Ambo se fundieron en un fuerte abrazo. El joven explorador no podía creer lo que pasaba, pero sintió que esa herida que tenía en el pecho se curaba.

— Lo siento —musitó Pedro.

No quería soltarle por nada del mundo. Iba a quedarse con él en ese baño para siempre.

— ¡¿Qué dices canijo?! —dijo su hermano separándole de él para verle la cara.

— Tendría que haberte acompañado —respondió entre lágrimas.

— No, la culpa fue mía por hacer el tonto —dijo con cierta sombra de arrepentimiento—. Tendría que haberme dado la vuelta.

— Pero... es que siempre estábamos juntos — se desahogó, pero le interrumpió.

— Escúchame —empezó Jorge—. Ahora tienes que crecer sin mí y espero que lo hagas. No quiero que acabes como los habitantes de esta casa que se anclaron en el pasado. Eso fue lo que les destruyó —añadió con esa entonación que usaba para enseñarle una lección.

Pedro meditó sus palabras.

— No, por favor... —suplicó.

— No te preocupes. Tú estabas cansado y tenías que estudiar. Por algo eres el más listo de los dos —dijo con su sonrisa característica.

La casa comenzó a temblar de una manera aterradora. Pedro perdió por un momento el equilibrio y se apoyó en su hombro bueno. La herida que tenía en el otro le recordó que debía buscar ayuda cuanto antes.

— ¿Qué pasa? —preguntó asustado.

A su hermano parecía que el terremoto no le afectaba, le miraba de una forma melancólica. Él lo sabía.

— No puedes irte —afirmó tratando de levantarse.

— Pedro... por favor —le suplicó él.

— ¡No, Jorge, no, tengo que salvarte! —dijo alterado.

Le sonrió. Esa expresión le hizo comprender todo. El joven explorador, al igual que su hermano, estaba en paz. Por fin había terminado de soportar la carga que aguantó durante tanto tiempo.

— Hasta otra, canijo —le susurró al oído.

Abrazó a su hermano por última vez. Cuando abrió los ojos, ya no estaba, como tampoco la palabra “AQUÍ” del muro del baño. En tan solo unos pestañeos la pared empezó a derrumbarse.

El joven explorador salió al pasillo y el techo comenzó a venirse abajo. Atravesó la puerta de la terraza y descubrió que la barandilla había desaparecido. No se lo pensó dos veces. Cogió impulso y saltó al vacío. Afortunadamente, la hierba y el barro amortiguaron el golpe lo suficiente para que no se rompiera ningún hueso.

Observó cómo toda la casa se desplomaba sobre sus cimientos. Parecía como si la gravedad se hubiese concentrado en ese punto y estaba ejerciendo todo su poder para enterrar en lo más profundo de la tierra.

Cuando terminó el espectáculo, se puso en pie con bastante esfuerzo y

observó el amanecer que se alzaba a través de los árboles de su derecha. Había sido una noche muy larga y necesitaba descansar.

Antes de abandonar el prado decidió dedicarles una última mirada a los restos de la casa, escenario de una de las historias más oscuras que había conocido. Pero, afortunadamente, llegó a su fin. Después observó el cielo que estaba despejado y tenía ese color crepuscular del amanecer que le gustaba ver cuando iba de camino al instituto.

— Hasta otra, hermano —dijo sonriendo.

FIN

# Agradecimientos

Si tengo que agradecer esta novela a alguien, es a ti, querido lector, por escoger esta historia por encima de las muchas que hay por el mundo. Espero que la hayas disfrutado tanto como yo escribiéndola.

Gracias de nuevo por escoger este relato que trata sobre la madurez. De ese paso que temenos que dar todos para dejar de ser niños y enfrentarnos a la vida por primera vez.

Los siguientes sois vosotros, amigos. Gracias por esos comentarios por las primeras versiones de la novela y por vuestro interés en querer leerla cuando estuviera terminada. Ese día, por fin ha llegado. Espero que también la hayáis disfrutado y que cumpliera vuestras expectativas, que no fueron pocas.

Por último, a ti, Irene. Las palabras que te dedique nunca serán lo suficiente para agradecértelo.

## ¿Cómo empezó todo esto?

Cuando me encontraba estudiando Comunicación Audiovisual, allá por el año 2013, mi atención fue captada por películas como *Monstruoso* (*Cloverfield* en la versión original) y *Rec*. Ambas cintas tenían un denominador común. Pertenecían al género *Found Footage*, es decir, son las historias que están naradas como un falso documental o reportaje de televisión.

Todo esto me sirvió como inspiración para hacer un cortometraje de animación llamado *AQUÍ* que bebía de ese género, pero, además, con un toque retro, ya que tenía como estética los juegos de Nintendo 64 principalmente.

Años después, me surgió la idea de crear una secuela sobre este cortometraje, que, hoy en día, sigue en Youtube (busca Fotograma291 y lo encontrarás), pero estuve buscando el formato adecuado, ya que había la posibilidad de realizarlo en animación o narrarlo como una radionovela. Finalmente, quise explorar un terreno desconocido y comencé a construir la historia como me habían enseñado en mis clases de guion para convertirse en lo que tienes en las manos ahora mismo: mi primera novela.

# Sobre el autor

Madrid, 1991.

Graduado en Comunicación Audiovisual y especializado en Guion Cinematográfico a través de un máster. Lleva desarrollando, desde 2011, su proyecto personal en forma de canal de Youtube conocido como Fotograma291, en el cual ha estado llevando a cabo la labor de *Content Creator*. Destacando sus videoblogs sobre curiosidades de cine, análisis de guion y audio relatos.

Dentro de este campo también ha estado llevando la labor de realizador, pues durante sus años en la plataforma ha producido por él mismo tres cortometrajes: dos de animación y uno en *Live-Action*.

En el año 2018 participó en el libro *Relatos Solidarios* de la revista digital *Orgullogamer.com* presentando su relato *Vuelta al punto de partida*. Obra que todavía está pendiente de publicar.

Su primer cortometraje de animación, *AQUÍ* (2013), es la fuente de la presente novela. En 2016 decidió sacar una segunda parte en formato literario, pues quería desarrollar las habilidades aprendidas como guionista y, ahora, novelista.